

- PROMUEVE LAS HABILIDADES DEL LENGUAJE ESCRITO •
- AUMENTA LA CONCIENTIZACIÓN SOBRE LAS DISCAPACIDADES •
- ESTIMULA EL DIALOGO •

Dulces La Escuelita

por Anne Finger

Pasaje adaptado de *Elegy for a Disease: A Personal and Cultural History of Polio* (*Elegía para una Enfermedad: Una Historia Personal y Cultural del Polio*) (Nueva York: St. Martin's Press, 2006).

A la edad de dieciséis años postulé para un empleo en el Dulces La Escuelita en Pawtucket, en el estado de Rhode Island. Aunque ya había ganado dinero cuidando de niños, nunca había sostenido un empleo de verdad. Sólo me pagaban cincuenta centavos por hora, pero ya que Susan trabajaba en Trinity Square, a menudo yo cuidaba de los hijos de los actores. Algunos viernes o sábados por las noches ellos salían luego del espectáculo, y no volvían a casa sino hasta las dos o tres de la mañana. Para entonces, los niños ya hacía horas que estaban dormidos, y a mi me pagaban mientras hacía mi tarea—a veces—o leía libros, escuchaba música, miraba televisión o dormía.

Podría ganar más de tres veces más dinero trabajando en una fábrica, pero aun más importante era el hecho de que el trabajo en una fábrica era un empleo de verdad, del tipo en el que sabes semana a semana las horas que estarías trabajando y el dinero que ganarías. Tendrías que darle a tu empleador tu número de Seguro Social. Podrías decirles a tus amigos “tengo que ir a trabajar”, o “salgo del trabajo a las seis”.

Pareciera que cada adolescente en el área de Providence en los años 60 trabajó en Dulces La Escuelita—aunque fuera por una o dos semanas solamente. Quizás hubiesen trabajos en los recónditos escondidos de la fábrica que requerían destrezas—como mezclar los componentes químicos, azúcares y almidones que iban en los dulces, o mantener niveles adecuados de estos ingredientes—pero los empleos que los muchachos de secundaria conseguían se podían aprender en minutos. Es posible que mientras más nuevo eras en el trabajo, más eficiente eras—aun no habías sido desmoralizado por el aburrimiento ni habías descubierto como holgazanear mientras aparentabas trabajar. La paga era el sueldo mínimo—1.60 dólares por hora.

Dulces La Escuelita estaba ubicada en uno de los muchos edificios de ladrillos, vastos y cuadrados, que salpicaban el paisaje de Providence y Central Falls y Pawtucket. El rojo de sus ladrillos había sido apagado por las capas de hollín y mugre que se habían acumulado a lo largo de las décadas. Sus ventanas también parecían como si nunca hubieran sido lavadas excepto por la

lluvia, y estaban moteadas de tierra marrón. Me imagino que este edificio—como la mayoría de los otros—debe haber sido una fábrica textil, pero las compañías textiles se habían mudado todas hacia el sur, no sólo más cerca de donde crece el algodón, sino más lejos de la mano de obra sindicalizada del Noreste. Para finales de los años 60, las antiguas fábricas permanecían mayormente abandonadas o se habían convertido en fábricas donde se producía bisutería barata. Unas pocas otras alojaban compañías como Dulces La Escuelita.

Trabajar allí era un rito de iniciación al mundo laboral. De Dulces La Escuelita uno podía ascender a ser encargado del hilado, las tarjetas, o un operador de prensa de pie en una de las fábricas de joyas. Mis amigos y mi hermana mayor me describían la escena. Por una banda transportadora que giraba sin parar fluía un río de un tipo de caramelo, quizás chupetas amarillas de limón—chupetas amarillas, chupetas amarillas, chupetas amarillas, chupetas amarillas, chupetas amarillas, chupetas amarillas. Tú mirabas a esas chupetas amarillas y pensabas que nunca en tu vida podrías estar más harto de nada como de la visión de esas chupetas amarillas. Y entonces te dabas cuenta de que las chupetas amarillas habían sido reemplazadas por chupetas rojas. Al principio sentías alivio. ¡Algo diferente que mirar! Y entonces, luego de unos minutos de mirar chupetas rojas, chupetas rojas, chupetas rojas, chupetas rojas, chupetas rojas, chupetas rojas, chupetas rojas viniendo por la banda transportadora, te encontrabas deseando ver otra cosa, cualquier cosa—aunque fuera una chupeta amarilla.

Algunas veces lo que venía por la banda transportadora eran pollitos de Pascua, hechos de malvaviscos teñidos de amarillo, tres de los cuales debían colocarse en una tarjeta blanca y luego enviarse por la banda transportadora, donde más adelante se les colocaba puntos negros que representaban los ojos. Más adelante en la banda los envolvían en plástico y luego el plástico era sellado en ambos extremos. Ellos flotaban hacia el final de la línea donde eran cargados en cajas, y las cajas en envases de cartón, listos para su embarque. Algunas veces la línea circulaba con otros productos de temporada, conejitos de Pascua hechos de malvavisco, calabazas del Día de Brujas hechas de chocolate 'ersatz', bastones de caramelo, caramelos en forma de Santa Claus o renos o estrellas. Quizás los caramelos estaban colmados de preservativos, o quizás la falta de ingredientes naturales significaba que no había posibilidad de deterioro. De cualquier forma, el tiempo que transcurría entre el momento en que los dulces eran fabricados y el día festivo para el cual estaban destinados a ser consumidos era, por lo general, de seis meses.

Un día en julio o agosto, un día en que la temperatura afuera estaba en los 90 grados Fahrenheit, y seguramente aun más caliente adentro de Dulces La Escuelita, mi hermana Sandra vino a casa al salir de trabajar allí con un humor que mezclaba depresión y furia, lamentándose de los interminables pollitos de malvavisco amarillo de Pascua que habían circulado por la banda transportadora ese día, el nauseante olor a dulce que se le pegó al cabello y la piel. Yo estaba en la bañera cuando ella llegó a casa, y me gritó, “¡Salte de la bañera! ¡Tengo un calor! ¡Necesito un baño! ¡Déjame entrar!”

¿Quién compraba esos dulces baratos? Aun cuando yo era una niña y tenía un paladar que podría describirse cortésmente como nada exigente, yo detestaba el tipo de dulces que se producían allí. Su única característica sobresaliente era lo azucarado de los dulces, y de eso tenía mucho. Después de unos pocos mordiscos, la empalagosa dulzura hacía que te doliera la garganta. Me imagino que los dulces eran comprados por personas que tenían tan poco dinero que no podían comprar otra cosa, o aquellos que se sentían forzados a seguir la corriente de los rituales del Día de Brujas, y a regañadientes repartían las calabazas de chocolate falso o los sombreros de bruja hechos de caramelos de regaliz negro artificial.

Yo solicité un empleo en Dulces La Escuelita, llenando debidamente la solicitud. Cuando me llevaron a la oficina para la entrevista, el hombre detrás del escritorio se mostraba claramente avergonzado por mi presencia. Cuando trato de recordar la escena ahora, no puedo ver su cara, sólo un traje reluciente de Dacrón u Orlón, una camisa antiarrugas de poliéster de secado al tendido que ya había tomado una coloración grisácea; una corbata angosta. Estaba jugueteando torpemente con esa corbata, moviéndola hacia adelante y hacia atrás entre sus dedos índice y medio mientras luchaba por construir una oración coherente. “Mira pues, tú sabes”, dijo. Miró al techo. “Tu... tu... tú sabes...” Dejó de mirar al techo y fijó la mirada en un punto por encima de mi cabeza. “Pierna”, finalmente consiguió decir. “Pierna”.

Luego el mencionó la palabra “Seguro”, y luego, una vez más él dijo, “El seguro. La cosa es,” y finalmente pareció poder hablar, “la compañía de seguros se preocupa por estas cosas. Voy a tener que hablar con ellos y obtener su aprobación”.

El me dijo que chequearía con la compañía de seguros y me llamaría después, y yo le creí.

Pero, por supuesto, no me llamó.

A mediado de los años 50, Hugh Gallagher, quien había quedado discapacitado como resultado del polio, en su búsqueda por ver realizado su sueño de toda la vida de asistir a Oxford, solicitó una Beca Rhodes. La solicitud de Gallagher no fue ni aceptada ni rechazada. Simplemente le fue devuelta sin procesar. Cuando Cecil Rhodes estableció el programa de becas, él estipuló que las becas debían ser otorgadas a aquellos que fueran “aptos en mente y cuerpo”. Gallagher luego se enteró de que se había convenido una reunión especial para decidir qué hacer con respecto a su solicitud. La decisión tomada fue hacer como si la solicitud nunca fue recibida. Gallagher se refiere a esto como una “forma muy inglesa de rechazo”, pero para mí, me parece más la forma en la que la discriminación en contra de las discapacidades a menudo ocurre— indirectamente, con un aire de vergüenza y miradas desviadas, con la palabra “ah” puntuando la conversación.

Cuántas veces he experimentado lo mismo que con el hombre en Dulces La Escuelita, quien no podía ni construir una oración. Enfrentado con una discapacidad, hasta el lenguaje mismo queda tullido. Se tropieza consigo mismo, tartamudea, se vuelve torpe, desgarbado, incluso paralizado. No hace mucho tiempo mi amiga Susan, quien recién había regresado de visitar a sus padres, me comentó que su madre había preguntado por mí—aunque no por nombre. “¿Qué dijo?”, pregunté. “¿Cómo está tu amiga con el apellido raro—Hand? ¿Toe?” “No”, dijo Susan. “Así no es como te describió”. “Oh”, dije, estirando la palabra y riéndome. “¿Cómo está tu amiga la discapacitada?” No, no era eso. “¿*Minusválida*?” Pregunté. “¿Lisiada?” Resulta que la mamá de Susan había dicho “¿Cómo está tu amiga la que está—ah—ah?”

Cuando comencé a escribir trabajos de ficción, los diálogos se me ocurrían fácilmente—creo que es porque estaba acostumbrada a escuchar lo que las personas estaban diciendo detrás de sus palabras. Toda mi vida he tenido que entender cómo las palabras buscaban disimular al mismo tiempo que revelar—y aun así, inevitablemente, mostraban la cosa misma que los que las decían creían estar escondiendo. Tuve que afilar mi capacidad de escuchar lo que estaba por detrás de las mentiras y evasiones piadosas, para ver la incomodidad que las personas creían estar manteniendo en secreto.

Yo no discutí con el hombre en Dulces La Escuelita, o con ninguna de las otras personas que de plano se negaron a contratarme debido a mi discapacidad.

Habiendo pasado el día escribiendo sobre Dulces La Escuelita, me encuentro con un amigo para cenar. Pepper me pregunta cómo me fue ese día, y yo le digo que he estado escribiendo sobre el trabajo, sobre no haber sido contratada por Dulces La Escuelita, sobre las chupetas amarillas y los pollitos amarillos de malvavisco de Pascua—él se recuerda de esos y se estremece—y las chupetas rojas, y el calor veraniego en la fábrica sin aire acondicionado.

“Cariño, ¿*de verdad* querías trabajar allí?” pregunta él, riéndose.

Bueno, sí, si quería. Y no es sólo porque necesitaba el dinero, aunque sí necesitaba el dinero.

Salir de trabajar en Dulces La Escuelita, era un poco como salir de la clase de educación física. Todas las otras muchachas se quejaban de educación física: sobre los uniformes—ridículos trajes azules con bombachos, algo que nuestra madre pudo haber vestido en los años 30; sobre las duchas donde el agua siempre estaba demasiado fría; sobre la mentalidad de sargento de la maestra de educación física.

Una vez por semana, la maestra de educación física enseñaba una clase llamada “Salud e Higiene”, a la cual yo debía asistir. Cuando el asunto era la salud dental, ella había hablado largo y tendido sobre su propio trabajo dental, diciéndonos con orgullo que ella tenía empastes de oro sólido, muy superior a la amalgama comúnmente utilizada. Entonces procedió a caminar entre las filas de

pupitres, con su índice derecho enganchado en su boca abierta para que cada una de nosotras pudiera mirar en su boca y ver el trabajo dental por nosotras mismas. En otra ocasión nos contó sobre un limosnero lisiado en México quien le había pedido dinero. Pero en lugar de darle pesos, ella le dio un sermón—era imposible imaginar que ella se hubiera dignado a hablar en otro idioma que no fuera el inglés que Dios mandó—sobre holgazanear y fingir, y que al final de su sermón ¡él se paró y caminó! Ah, a él no le pasaba nada en realidad—lo que estas personas necesitaban era simplemente un fuerte regaño para ayudarse a sí mismos.

¿Quería yo mi propio uniforme anticuado? ¿Quería que la maestra de educación física me gritara? ¿Quería trabajar en Dulces La Escuelita y volver a casa al final del día toda sudada y exhausta y nauseabunda? Sí, si quería. Quería esa oportunidad de quejarme y lamentarme al igual que todos los demás.

Yo no estaba, por supuesto, pidiendo lo que hoy en día llamaríamos “acondicionamientos razonables” en Dulces La Escuelita—por ejemplo, un trabajo que pudiera hacerse estando sentada, o inclusive un banquillo en el que me pudiera posar mientras trabajaba en la línea. Tal noción era inimaginable en aquellos días. Yo solicité el trabajo esperando completamente estar parada durante mi turno completo. ¿Hubiera estado adolorida al final del turno? Por supuesto que lo hubiera estado.

Yo no sabía de nadie más que hubiese experimentado el rechazo y la discriminación que yo estaba experimentando. Yo debo haber oído de Randolph Bourne, un opositor a la Primer Guerra Mundial, cuyo libro *Youth and Life (Juventud y Vida)* era considerado el manifiesto original de la juventud contracultura. Y yo había leído la grandiosa trilogía de John Dos Passos, *USA*, en la cual Bourne era descrito como “un intrépido fantasma diminuto y retorcido, con un manto negro saltando a lo largo de las mugrientas callejuelas antiguas de ladrillo y piedra que todavía quedaban en el centro de Nueva York, gritando en una risilla aguda y sin sonido: La guerra es la salud del estado”. ¿Me había dado yo cuenta de que las palabras “diminuto”, “retorcido”, “saltando” era la forma en que Dos Passos describía la discapacidad de Bourne—una deformidad facial producto de un “nacimiento desagradable” y una espalda jorobada causada por tuberculosis de la columna?

En su influyente ensayo, “The Handicapped” (“El Minusválido”), publicado en 1911 en la revista *Atlantic Monthly*, Bourne escribió sobre su búsqueda de trabajo:

Asedí por casi dos años firma tras firma, en búsqueda de una posición permanente, tratando de todo en Nueva York en lo que yo creía podía tener la más mínima oportunidad de éxito, mientras tanto me ganaba la vida precariamente gracias a unas pocas lecciones de música. La actitud para conmigo iba de “No puedes esperar que establezcamos un lugar para ti”, a “¿Cómo te puede cruzar por la cabeza que encontraríamos algún uso para un hombre como tú?”

Con su familia en circunstancias estrechas, la necesidad de trabajar de Bourne era grave:

Existe una dolorosa tortura mental que viene con tal experiencia—la necesidad urgente, el repetido fracaso, o más bien el repetido fracaso así sea de obtener una oportunidad de fracasar, la comprensión de que aquellos en casa no pueden darse el lujo de que te quedes sin hacer nada, el creciente pavor a encontrarte con las personas—todas estas son cosas que aquellos que nunca las han experimentado, nunca podrán entender.

Yo no sabía que Randolph Bourne había atravesado por lo mismo que yo estaba atravesando. Yo había leído mucho sobre el Movimiento de la Libertad de Expresión en la Universidad de California en Berkeley en 1964—reconocido como el Big Bang que comenzó el movimiento estudiantil. ¿Había leído yo sobre Jacobus tenBroek, un profesor líder que apoyaba el movimiento? Si hubiese leído alguna cosa sobre él muy seguramente habría sabido que era ciego, ya que cualquier descripción de su persona habría subrayado este punto. Yo no habría sabido que él había co-escrito un texto, *Hope Deferred: Public Welfare and the Blind (La Esperanza Diferida: El Sistema de Bienestar Público y los Ciegos)*, en el cual él hablaba de las restricciones en las vidas de las personas ciegas como un asunto de derechos civiles.

Yo no sabía que en Nueva York, en los años 30, un grupo de trabajadores y posibles trabajadores discapacitados—muchos de los cuales con toda seguridad habían sido paralizados por el polio en la epidemia de Nueva York de 1916—se encontraron a sí mismos juzgados como “no empleables” por la Administración de Progreso de Obras de Roosevelt (WPA, por sus siglas en inglés). Para protestar tal discriminación, ellos se organizaron como la Liga de los Físicamente Discapacitados.

Sylvia Bassoff, una de las organizadoras, habló de sus experiencias antes de unirse al grupo: “Bueno, pues me encontré con que no podía conseguir un trabajo porque estaba discapacitada”. Ella se inscribió en una escuela de negocios y se volvió una genio tomando dictados y escribiendo a máquina. “En mi ingenuidad, yo pensé, ‘me voy a graduar de Drake Business School y allí todos van a querer emplearme’. ... Bueno, nadie me empleó.... Algunas personas que... obtuvieron empleos... ni comenzaban a ser tan buenas como yo era”. Sin poder obtener empleo en el sector privado, ella fue humillada al ser forzada a recurrir a un taller de trabajo protegido operado por la Oficina de Caridad de Brooklyn, dónde le pagaban 3,50 dólares por cada mil sobres a los que le pusiera dirección a mano. Cuando un miembro de la liga le dijo que se estaban organizando para conseguir trabajos para las personas con discapacidades, Sylvia dijo, “¿Trabajos? Lo que sea con tal de salir de aquí”.

Los primeros miembros de la liga tenían más en común que simplemente su identidad de “minusválidos”. Ellos eran mayoritariamente judíos, provenientes de familias de la clase trabajadora. Hijos de inmigrantes recientes del este y el

sur de Europa. No sólo habían provenido de orígenes dónde la educación era altamente valorada y la ética de trabajo muy fuerte, sino que también compartían una perspectiva política radical. Provenientes de familias y comunidades donde la ideología izquierdista era predominante, ellos estaban acostumbrados a pensar en soluciones sociales en lugar de individuales a los problemas. Más si bien la Izquierda de Nueva York—en la cual muchos de ellos tenían sus raíces—acogió su causa, a menudo lo hacían de tal forma que estigmatizaba aun más a las personas con discapacidades. Cuando la liga estaba protestando la WPA, el *Daily Worker* los describió como “arrastrando sus propios cuerpos lisiados de un lado para el otro”, cuerpos “retorcidos por la parálisis infantil”. En otras ocasiones eran descritos como “victimas de la parálisis” o “indefensas personas tullidas”. Un titular en el *Daily Worker* exageró para causar lástima cuando declaró “Valiente Policía de LaGuardia Golpea, Da Garrotazos y Lanza a la Cárcel a Tullidos Desempleados”.

Poco después de que Roosevelt mismo se viera discapacitado, una amiga de su madre preguntó, “Ahora [que] es un tullido, ¿llegará a ser alguna otra cosa?” Roosevelt se pasaría la próxima década de su vida labrándose una respuesta a esa pregunta—tratando al principio de “deshacerse” como tullido; y luego más adelante creando su propia historia como un hombre que, a través de heroísmo personal y coraje, había “superado” su discapacidad. Y aun así, cuando Roosevelt hablaba de la necesidad de crear empleos para los desempleados en lugar de simplemente darles dinero, diciendo, “Repartir ayuda es administrar un narcótico, un sutil destructor del espíritu humano.... Debemos preservar de la indigencia no sólo a los cuerpos de los desempleados sino también a su auto respeto”, sus palabras reflejan la experiencia que él tuvo para recuperar la identidad social que le había sido robada a raíz de su discapacidad. ¡Que irónico que estos trabajadores fueran considerados no empleables por un gobierno liderado por un presidente que habría sido considerado no empleable por los reglamentos de su propio gobierno!

Sin duda muchos de los que habían formado la Liga de los Físicamente Discapacitados encontraron empleo durante la Segunda Guerra Mundial, cuando la escasez de mano de obra trajo a millones de personas a empleos bien pagados: “Rosie the Riveter” es una figura familiar; y también lo es la historia de la gran migración interna, cuando aparceros y arrendatarios negros se mudaron del Sur a empleos en la industria de la guerra en Detroit, Oakland y Chicago. Las personas con discapacidades también ganaron entrada a la fuerza laboral durante la guerra. Robert Huse encontró empleo en Raytheon durante esa época; sus compañeros de trabajo eran mujeres que nunca antes habían sido parte de la fuerza laboral paga, hombres demasiado viejos para el servicio militar, y otras personas discapacitadas. Sin embargo, empleo no significaba acondicionamiento: Huse llegaba media hora antes al trabajo de manera que si no conseguía un espacio de estacionamiento cerca de la puerta principal, tuviera tiempo de hacer la caminata a lo largo del estacionamiento. Él se dio cuenta que otros compañeros de trabajo discapacitados estaban haciendo lo mismo, y colocó una nota en la caja de sugerencias de la empresa: ¿Por qué no apartar

algunos puestos de estacionamiento al frente para los trabajadores discapacitados? (Nunca lo hicieron). Si bien el empleo durante la época de guerra trajo cierto alivio de la discriminación, también trajo consigo el conocimiento de que lo que se había ganado podría perderse. Cuando la guerra terminara, ¿volverían las cosas a ser igual que como eran antes?

Huse tenía un compañero de trabajo en Raytheon, un hombre con una pierna amputada que además era alcohólico y había sido despedido por trabajo deficiente. Tiempo después Huse lo vio en las calles de Boston:

Su cabello estaba casi completamente blanco y le pasaba de las orejas. Estaba mugriento y sin afeitado. Abiertos en abanico en su mano habían varios lápices y a su lado estaba una cacerola para pasteles toda abollada, la cual contenía varias monedas....

“Mírame bien, muchacho, porque esto es lo que nos pasa a nosotros”. Esa noche, Huse tuvo una pesadilla en la que estaba hambriento y sin un centavo, y en búsqueda de una esquina callejera donde poder vender sus lápices. “En cada esquina el hombre con una sola pierna se sienta y me mira, yo paso apurado. Su voz me persigue, ‘Ya volverás, muchacho, ya volverás...’”

Si yo no hubiese estado tan envuelta en mi desprecio por otras personas con discapacidades, podría haber hablado con personas a mi alrededor en situaciones similares: un hombre que formaba parte del movimiento local de derechos civiles que sufría de parálisis cerebral; un muchacho que también iba a mi escuela, que también había tenido polio y que caminaba con muletas de madera, hacia el cual yo sentía casi una repulsión física.

¡Ah, el desdén que yo sentía por mi compañero de clases de secundaria! No me acuerdo de su nombre, y no puedo recordar nada de su rostro. Lo que sí recuerdo son esas anticuadas muletas de madera, que se despatarraban de su cuerpo. Pedazos de goma espuma cubrían los topes de las muletas, donde se metían por debajo de sus brazos y también cubrían las agarraderas. El sudor de sus axilas y manos se hundía en esa goma espuma, dejándola con un olor a moho y una aspereza percutida que no podía lavarse. (Yo conocía bien tanto el olor como la aspereza, porque una vez yo también tuve esas muletas). Mis muletas eran de aluminio, y yo había reemplazado las agarraderas con las que venían por otras agarraderas de colores brillantes diseñadas para bicicletas de niños, con cintas rojas y rosadas que le salían de los extremos.

Era de vital importancia para mí que no me vieran con este otro muchacho que había tenido polio. (Yo podría inventarme un nombre para él, pero mejor dejemos ese enorme vacío del nombre que no recuerdo). La gente podría pensar que éramos dos rechazados de la vida, aferrándonos uno al otro: o peor, ellos podrían pensar que nuestra camaradería era dulce, enternecedora, conmovedora y por encima de todo, adecuada.

Me dije a mi misma que tenía buenos motivos para mi desprecio. Yo no lo odiaba a él porque fuera discapacitado. Yo lo odiaba porque su camisa siempre

estaba desarreglada. Yo lo despreciaba porque su madre lo iba a buscar después de la escuela—era un bebé malcriado.

Mi madre no iba a buscarme luego de la escuela. Yo solía caminar, al igual que todos los demás, desde la cuesta en el extremo más lejano de Providence a lo largo del mall pedestre—diseñado para hacer la experiencia de compras allí más como una visita a los centros comerciales de las afueras de la ciudad que estaban brotando en Warwick y Cranston—para esperar por el autobús 52 Hope que me dejaría en la esquina de las calles Hope y Larch; de allí yo caminaba dos bloques y medio en subida, pasando las calles Catalpa e Ivy, y luego dejándome entrar por la puerta trasera de nuestra casa, tan exhausta que tiraba mis muletas y abrigo en el piso de la sala y colapsaba en el sofá.

Las mochilas aun no eran un artículo de uso común—en aquel entonces eran usadas casi exclusivamente por excursionistas y los militares—así que yo llevaba mis libros en el bolso de lona verde que mi madre—como todas las “Cliffies”—había usado en Radcliffe. Yo no podía, claro está, cargar el bolso de la misma manera que ella lo había hecho, con su mano sosteniendo el asa y el bolso descansando sobre su espalda, ya que cada una de mis manos sostenía una muleta. Yo me ponía el asa del bolso sobre mi hombro izquierdo y, a medida que me balanceaba hacia adelante y hacia atrás mientras caminaba, el bolso golpeaba primero contra mi muleta, y luego contra mi cuerpo, un metrónomo que sostenía su propio ritmo desafinado. Dentro de la bolsa estaban mis libros de texto—Historia Antigua e Inglés, Latín I—año tras año, Latín I, ya que seguía reprobando la clase.

Si no hubiese estado tan temerosa de otras personas discapacitadas, les podría haber preguntado cómo habían negociado la sorprendentemente peligrosa travesía al mundo laboral. Ellos podrían haberme sugerido algunas estrategias—o al menos podríamos habernos lamentado juntos. Y si yo no hubiese estado tan determinada en proteger a mis padres de los efectos de mi discapacidad, podría haber hablado con ellos.

Pero, al igual que el hombre en Dulces La Escuelita, avergonzado por mi mera presencia como postulante a un empleo, yo también me encontré incapaz de articular una oración clara. Las palabras para describir lo que estaba experimentando me venían de una en una, de manera aislada—“discriminación”... “injusto”—junto con una sensación de vergüenza a la que no podía dar nombre ni siquiera ante mí misma, mucho menos ante los demás. Las ideas que luego se formarían por completo con el movimiento por los derechos de los discapacitados, eran entonces sentimientos, sensaciones dentro de mi cuerpo; palabras esparcidas y desconectadas, una ráfaga repentina de vergüenza que se expresaba en yo bajando la cabeza, encogiéndome. Yo tenía la impresión de que mi problema era un problema social, no un problema individual—pero, habiéndome aislado de otras personas discapacitadas y no sabiendo nada de lo que aquellos que habían venido antes que yo habían vivido, era incapaz de traducir esa vaga sensibilidad en algo más. En resumen, me faltaban tanto historia como comunidad.

Luego de unas cuantas experiencias más como la de Dulces La Escuelita, llamé al Departamento de Rehabilitación Vocacional de Rhode Island—"Voc Rehab" para acortar—porque me parecía que ellos debían poder ayudarme. El hombre al otro lado de la línea me explicó que ellos estarían encantados de evaluarme, de hacerme una serie de exámenes, de capacitarme para un empleo, pero que no, que ellos no podían hacer nada para ayudarme a conseguir un empleo, y no, ellos no sabían de ningún lugar que estuviese dispuesto a considerar contratarme. "Capacitación", dijo una vez más. "Capacitación". La palabra me hacía pensar en los pingüinos entrenados del Sr. Popper en un libro que mi mamá nos había leído cuando éramos pequeñas; me hacía pensar en clases de educación especial, que en aquellos días estaban divididas en dos: aquellas para los "mentalmente retardados que pueden ser educados" y los "mentalmente retardados que pueden ser capacitados", con los "que pueden ser capacitados" siendo el de más bajo grado. Yo no era retardada, yo no era un pingüino, yo no quería ser "capacitada" para nada. ¿Discutí con él? ¿Le dije "cuál es el fin de capacitarnos si nadie nos contratará"? No, creo que no lo hice. Yo creo que murmuré "Gracias" y colgué.

Terminé volviendo a hacer de niñera otra vez. A los trece años yo estaba encantada de quedarme sola en la casa de casi extraños: para tocar sus discos y fisgonear en sus gavetas, para hojear sus libros. Pero a los dieciséis años ya no estaba encantada de quedarme sola en la casa de un adulto; fisgonear había perdido su atractivo. Estaba más que lista para seguir adelante.

© 2006 Anne Finger



Fotografía por Mary Gaetjens

Anne Finger

Anne Finger es una escritora tanto de ficción como de trabajos creativos no de ficción. Su colección de cuentos cortos, *Call Me Ahab (Llámame Ahab)*, fue galardonado con el Premio Prairie Schooner y será publicado por la Imprenta de la Universidad de Nebraska en el otoño de 2009. Ella ha publicado otros cuatro libros: *Elegy for a Disease: A Personal and Cultural History of Polio* (2006); una novela, *Bone Truth* (1994); *Past Due: A Story of Disability, Pregnancy and Birth* (1990); y una colección de cuentos cortos, *Basic Skills* (1988). Su trabajo también ha sido publicado en Alemania por Fischer Verlag y en el Reino Unido por The Women's Press. Su trabajo de ficción corta ha aparecido en *The Southern Review*, *Kenyon Review*, *Discourse*, y *Ploughshares*, entre otras publicaciones.

Finger ha enseñado redacción creativa en Wayne State University en Detroit, Michigan, y en la Universidad de Texas en Austin, y ha sido escritora residente en el Edificio de Mujeres en Los Ángeles, el Centro de Recursos para la Vida Independiente de San Francisco y en múltiples escuelas primarias, medias y secundarias. También ha recibido residencia en las comunidades artistas de Yaddo, Djerassi, Centrum, y Hedgebrook. Ella vive en Oakland, California. Finger sufrió de Polio cuando era una niña pequeña, caminó con muletas en sus años formativos y ahora usa una silla de ruedas.

VSA arts

Una filial del Centro John F. Kennedy para las Artes Escénicas

818 Connecticut Avenue NW, Suite 600 • Washington, DC 20006 • Tel: 202.628.2800 • TTY: 202.737.0645 • Fax: 202.429.0868
www.vsarts.org